

EL CUARTO OJO

Por Justin Case

Entonces los Antiguos liberados les enseñarán nuevas formas de gritar y de matar, de solazarse y disfrutar, y la Tierra entera arderá en un holocausto de éxtasis y libertad.

--H.P. Lovecraft, La llamada de Cthulhu.

La ceremonia fue sencilla y emotiva. Alrededor del retrete estaban los deudos. Yo fui echando a la taza los restos mortales que no habíamos consumido al almuerzo: vísceras, cabeza, pies, manos y huesos finamente picados, haciendo correr el estanque mientras ellos arrojaban pétalos de flores y lloriqueaban.

Mientras se volvía a llenar el estanque para repetir la operación, ellos se tomaban de las manos y hacían recuerdos. No muchos porque el bebé solo vivió ocho meses, así que había dejado un vacío fácil de llenar. Y llenado uno pequeño en nuestras panzas.

Días después me encargué de una familia entera. Drogué a los progenitores, los amarré bien y cuando despertaron desollé a sus derrames genitales de uno y tres años de antigüedad ante sus puercos ojos desorbitados. Me taparon a insultos y hasta trataron de escupirme. A mí me encantaban los públicos participativos. Finalmente sus descendientes directos se retorcieron ya sin quejarse en su salsa de sangre en el piso, bajo mi ojo interno. Entonces fui cortando de a poco a la hembra, mientras el macho miraba y gritaba más. Esto duró hasta la hora en que vuelven los vecinos de sus

vagabundeos dominicales, porque después necesitan silencio y televisión. Para entonces los cuatro ya estaban definitivamente calmados y yo me había ido a dormir a mi casa.

El miércoles de esa semana tomé a un niño a la salida de la escuela y delante de sus compañeritos le hice puré la carita a patadas con mis botitas con punta de acero. Una cuadra más adelante tomé a un bebé de los brazos de una tipa, le quité el chal, lo sostuve por un pie, le di vueltas en el aire para que adquiriera impulso y le reventé la cabeza en el suelo. Todo quedó salpicado del zapallo podrido que tenía adentro.

El tribunal me apuntaba con el dedo. Para mi ojo interno, que libre de ropa interior las percibía reflejadas en el piso de la sala, las emociones que lo agitaban eran inconfundibles: miedo y odio apasionados ante lo desconocido.

-Usted, como mujer... –dice un abogado.

-...Como la madre que... pudo haber sido... –dice el juez.

-Esto es lo que pienso de las madres y de los hijos –les corté, como si cortara el teléfono. Berreé como cerda hasta que se taparon las orejas.

Hicieron una pausa y decidieron sermonearme.

-¿Está usted loca? –dijo el juez.

-¿Estás loca? –repetí.

-¡No me tutees! –saltó el juez. ¡Y... yo soy.... hombre! –gimoteó, con el mismo fervor y las mismas pausas con que los New Age dicen “El siete... es un número... sagrado”.

-¡Ustedes son humanos! –les grité en el lenguaje de las yeguas.

Cuando me pusieron ante un siquiatra se me había quitado todo afán didáctico. Lo miré, lo vi. Estaba encerrado en un cilindro de fuego y se apoyaba en el escritorio tratando de salir pero lo consumía un papel inescapable, por toda la eternidad de vida que le quedaba.

-Contésteme, por favor –me dijo.

La voz se le perdía dentro de la calavera; no se dirigía a mí, sino a un ojo imaginario que lo vigilaba desde lo alto.

Chillé como perra, gallina, vaca, gata y pata para contestarle cada vez que me preguntaba.

Entonces me condujeron bajo el Gran Siquiatra.

En la oficina, detrás de su escritorio, estaba Él. Detrás de Él, las paredes cubiertas por sus trofeos de caza, las cabezas de hombres importantes en el país: este era el jefe de la policía, este un gobernador provincial, aquel otro un alto prelado. A todos los había Él declarado locos.

Lo miré, lo vi. Tenía parado en un hombro un bicho que le cuchicheaba al oído mientras Él escuchaba, y que le sorbía el seso por la boca cuando Él hablaba.

-¡Contesta, por favor! -me dijo.

Al interior del edificio las locas daban rienda suelta a la lengua y su algarabía lo cubría todo. Habían construido el siquiátrico para encerrar sus risas.

Entonces me reí y de repente Él se volvió hostil. Me amenazaba con tratamientos, drogas, reclusión.

Me seguí riendo.

Dos enfermeros vigilaban desde la puerta.

-¡Contesta! –se me acercó y se inclinó sobre mí.

Lo vi con ropa antigua, muy antigua, pero la cara era la misma.

-¡Confiesa!

Me llevaron a un cuarto. Me dejaron sola durante días. Algunas sirvientas de blanco traían una comida mala.

Volvieron.

-¡Confiesa!

Para entonces me había hartado de la risa. Mi boca se había vuelto otro ojo, dentro del cual como que nadaba un pez. Y los peces no hacen ruido realmente.

Me llevaron a otro cuarto.

Los enfermeros me sujetaron y me pusieron una celda para la parte superior del cuerpo.

El Inquisidor se inclinaba sobre una mujer.

-¡Confiesa!

Otros monjes le sujetaban los brazos. El Inquisidor le aplicaba un hierro caliente.

En su pecera, el pez nadaba. Aunque la abrieran a la fuerza, el pez seguiría vivo.

Adentro el silencio, afuera las locas gritando como de costumbre.

Cuando por fin se fueron, el pez se acercó a la orilla. Allí se quedó durante mucho tiempo chapoteando en el lodo. Yo babeaba.

Las paredes de mi celda eran blandas. Los inquisidores venían a intervalos a amarrarme a una silla para inyectarme fuego en los brazos. Siempre querían lo mismo:

-¡Confiesa!

O venían a sumergirme en agua helada.

-¡Confiesa!

De tanto menearse y brincar en agua helada, el pez desarrolló un cuerpo ondulante. Se volvió un gusano que se alejó por el lodo.

-¡Contesta! ¡Confiesa!

Pero el gusano tampoco podía hablar. Ahora se arrastraba bajo el sol por las grietas de la tierra firme.

Durante mucho tiempo me mandaron comida y agua envenenada, tabletas, cápsulas, comprimidos.

Luego volvieron, una madrugada cualquiera. Me abrieron la cabeza para sacar la piedra de la locura. Cuando desperté se inclinaron sobre mí repitiendo:

-¡Contesta! ¡Confiesa!

El gusano había decidido hacía tiempo doblar siempre hacia el mismo lado.

Finalmente se fueron. Abrí los ojos y cayó la noche.

Cuando llegó al centro del laberinto de grietas en la tierra, el gusano miró hacia todos lados, extendiendo sus ojos. Los agitó y voló saliendo por mi boca sin ruido: cruzó los barrotes de hueso, luego los de hierro y se extendió por la oscuridad sin límites, por la sombra que había detrás de cada brizna de pasto.

Esa noche de luna nueva volé hasta perderme de vista de todo lo humano, hasta entrar en el bosque. Y me encontré en lo oscuro con otros que habían llegado antes hasta allí, una multitud entera, cubiertos con dibujos y tocados de plumas. Podía verlos, y ver mi cuerpo, si miraba de cierta manera; de otra manera sólo había insectos. En silencio nos entendimos y me guiaron al otro lado del bosque, donde estaba la gran quebrada. Nos extendimos por su borde y la llamamos hasta que la quebrada se levantó y tapó las estrellas de un horizonte a otro. Por ella salió del fondo de la Tierra todo lo que se había enterrado desde siempre. Y tomó su venganza.

Al cabo de un día de noche, toda la oscuridad había reemplazado a toda la luz. Una nueva Tierra sombría ocupaba el lugar de la tierra de la que vinimos. Las cosas que no pudieron soportarla, la arquitectura y los humanos, se hundieron entre gritos, ruido y desconcierto.

Pero para entonces ya era pasado. Desde entonces pudimos aullar y gozar en el silencio. Aquí, en lo negro.